

SUBSIDIO LITÚRGICO

para el celebrante



RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

El sacerdote extiende las manos hacia el pueblo y dice:

El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas sobre el pueblo, dice:

Vuelve tu mirada, Señor, hacia el pueblo que implora tu misericordia, para que todos aquellos que han puesto en ti su confianza puedan difundir por todas partes los dones de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

V. **La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.**

R. Amén.

DESPEDIDA

Luego, el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Glorificad al Señor con vuestra vida. Podéis ir en paz.

R. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Me invocará y lo escucharé (CLN, A 12); o bien: Letanías de los santos; Invoco al Dios altísimo (CLN, 713); Dios es fiel (CLN, 7).

Si no hay canto de entrada, los fieles o algunos de ellos o un lector recitarán la antifona de entrada (Sal 24, 15-16):

Tengo los ojos puestos en el Señor, porque él saca mis pies de la red. Mírame, oh Dios, y ten piedad de mí, que estoy solo y afligido.

O bien (Cf. Ez 36, 23. 24. 25. 26):

Cuando os haga ver mi santidad os reuniré de todos los países; derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará de todas vuestras inmundicias. Y os infundiré un espíritu nuevo —dice el Señor.

SIGNACIÓN Y SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia y el amor de Jesucristo,
que nos llama a la conversión,
estén con todos vosotros.**

R. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono, u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

La liturgia de este tercer domingo de Cuaresma nos invita de forma expresa y decidida a la conversión. Toda conversión tiene su base en la fidelidad de Dios a su alianza, que en Cristo es «nueva y eterna» y nos invita a volver a Él. Por este motivo, le pedimos a Dios en la celebración eucarística que nos conceda la gracia de una conversión sincera, profunda y de corazón, para que nuestra vida, alimentada por su Palabra y la Eucaristía, responda al don de su amor.

En este domingo tiene lugar también en España el Día de Hispanoamérica, con el lema: “América, puerta abierta a la misión”. Es una oportunidad que nos brinda la Iglesia, en este Año de la fe, para abrir las puertas de nuestro corazón a la fe y a la llamada misionera; y para estrechar los lazos culturales, sociales, históricos y religiosos con nuestros hermanos de América.

ACTO PENITENCIAL

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Pongámonos ahora en la presencia de Dios, que es «compasivo y misericordioso», y pidamos perdón por nuestras faltas y pecados.

Se hace una breve pausa en silencio.

Después, el sacerdote, u otro ministro idóneo, dice las siguientes invocaciones:

– **Tú que nos llamas continuamente a la conversión: Señor, ten piedad.**

℟. Señor, ten piedad.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

Padre de bondad, escucha nuestra oración y colma a todos de los dones de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

MISAL: La oración sobre las ofrendas propia de la Misa del III Domingo de Cuaresma; **prefacio** I o II de Cuaresma. No se puede decir la Plegaria eucarística IV.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Gustad y ved (CLN, O 30); o bien: La alianza nueva (CLN, 253).

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Alimentados ya en la tierra con el pan del cielo, prenda de eterna salvación, te suplicamos, Señor, que se haga realidad en nuestra vida lo que hemos recibido en este sacramento. Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Presentemos con corazón filial nuestras peticiones a Dios, Padre misericordioso, siempre dispuesto a escucharnos.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

— Para que la Iglesia viva en actitud de conversión continua a la misericordia de Dios. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Para que los cristianos sepan manifestar en su vida el don gratuito del amor de Dios con gestos y obras de amor a los más necesitados. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Para que los que gobiernan a las naciones sepan leer los signos de la historia que estimulan a la solidaridad entre los pueblos. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Para que los países de América Latina sepan encontrar en el Evangelio estímulos para la renovación en la fe y la esperanza. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Para que los misioneros y misioneras que ejercen su ministerio en América, movidos por la caridad cristiana, lleven a todos la misericordia de Dios. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Para que la Iglesia en España vea en América una puerta abierta a la misión y estreche sus lazos fraternos con las Iglesias en ese continente. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Tú que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva: Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

— Tú que nos prometes la vida y la inmortalidad: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R/. Amén.

No se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien, que Saceptas el ayuno, la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados, mira con amor a tu pueblo penitente y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso de las culpas. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

LECCIONARIO: volumen III, lecturas del III Domingo de Cuaresma: Éx 3, 1-8ª. 13-15; Salmo 102; 1 Cor 10, 1-6. 10-12; Lc 13, 1-9.

IDEAS PARA LA HOMILÍA

— La vida de Moisés sufre un vuelco inesperado cuando se encuentra con Dios y le llama a ser pastor de su pueblo. La misión que le confía tiene su origen en Dios, no surge de él mismo, sino que Dios movido por su gran amor le elige, le llama y le capacita para la misión. Con este sencillo episodio de la vida de Moisés comienza una de las historias más apasionantes de la humanidad: la de la liberación del pueblo de Israel para llegar a la tierra que Dios prometió dar a Abrahán cuando Dios hizo con él su alianza.

— Esta historia está marcada por dos notas esenciales: la fidelidad de Dios a la alianza que hace con el pueblo y con sus pastores y, como contrapunto, la mezcla de fidelidad e infidelidad que constituye la respuesta de estos. A lo largo de esta historia Dios nunca ha faltado a su palabra, porque Él es un Dios «compasivo y misericordioso».

— La vida de Moisés ejemplifica claramente que abrir nuestro corazón a la fe en Dios hace que se nos abran las puertas del mundo para que los demás lleguen a conocerlo, experimenten su gracia salvadora y gocen de la dignidad y libertad de los hijos de Dios. La fe es una puerta abierta a la universalidad, y, por eso, dice Juan Pablo II que «la fe se fortalece dándola» (*Mensaje de la CAL*).

— San Pablo dice que todo esto ha sido escrito para nuestra enseñanza. Ante las atrocidades que se cometen en el mundo por la fuerza del mal y del pecado en el hombre, Jesús reacciona haciendo una lectura de la historia a la luz de la fe en el Dios compasivo y misericordioso. Jesús invita a elevar la mirada desde las bajezas e infidelidades de los hombres a la fidelidad y

misericordia de Dios para convertirse continuamente a Él y esperar en Él.

— La misión de la Iglesia se nutre de esta misma espiritualidad: hay que abrir el corazón para ir más allá de las miserias humanas, de la injusticia, de la insolidaridad o de la dureza de corazón, para ver la fidelidad de Dios a su alianza y dejarse convertir, como pide el documento de Aparecida de los obispos americanos. Se trata de una auténtica «conversión pastoral» (*Mensaje de la CAL*).

— Los lazos que nos unen a América nos muestran que aún hoy es un continente con las puertas abiertas a acoger a todo aquel que es llamado a trabajar por el Evangelio y el reino de Dios, de la misma manera que tenemos que abrir nuestras puertas a quienes desde allí vienen no solo como emigrantes, sino como sacerdotes, catequistas u otros agentes pastorales en nuestras comunidades cristianas (*Mensaje de la CAL*).

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe:

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.